

Fachada de la iglesia románica de Porqueras

Restauración de Santa María de Porqueras

Por Tomás Frigola, Pbro.

Se va llevando a feliz término la restauración de Santa María de Porqueras, obra maestra de arte románico del siglo XII. Basándose en la observación del progreso de las perturbaciones del subsuelo, el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional sólo ha mantenido y ayudado el sistema de equilibrio del templo. Con inteligencia ha excluido la aplicación de las teorías de la resistencia, pues hubieran conducido a renovar el edificio según los criterios modernos, alterándolo con refuerzos y añadidos que hubieran desfigurado su carácter. El terreno del ábside, sujeto a cedimientos, se ha consolidado con hormigones de más de un metro de profundidad bien usados, como inyecciones para solidificar el subsuelo que, igual que toda la cabecera, ha quedado encadenado por medio de zunchos de hierro armado bien internados en su estructura. Estos, como aparatos ortopédicos, han ceñido las partes más decadentes sin añadir nada a su apariencia.

Consolidada la parte exterior del ábside, se procede a la liberación y reintegración de su interior. Como consta documentalmente, en el año 1792 el primitivo baldaquino fué retirado del altar mayor y, por estar carcomido, se enterró en el cementerio, al lado de la casa rectoral. En el mismo año en la boca del mismo ábside levantóse un verdadero muro. Con esta audaz innovación, la cabecera de la iglesia se transformó completamente, quedando vestida de otro estilo, como estos santos de talla que se ven recubiertos de los más sorprendentes y abundantes ropajes. La nueva construcción se comió enteramente el ábside. Ante el falso testero se levantaba un retablo barroco construído en 1797 por el escultor gerundense Pedro Dilmer a expensas, en parte, del Ilre. Cabildo Catedral de Gerona. Siendo el retablo una sobreposición tardía que escondía el ábside, devolviendo ahora a éste su función en su aspecto normal, su pérdida en la vorágine iconoclasta de 1936, lamentable en otros sentidos, favorece, en nuestro caso, la solución más lógica.

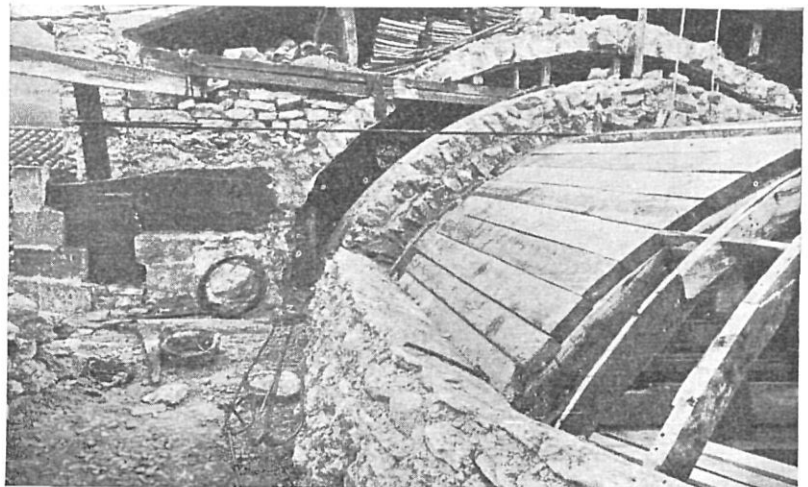


Aspecto del arco triunfal y la iglesia sin restaurar

Derribado el muro que separaba el ábside del presbiterio, apareció aquél tal como quedó después de las reformas practicadas en él a raíz de los terremotos del siglo XV. La consolidación de esta parte de la iglesia es la que más había preocupado a los párrocos a través de los siglos. El libro de la obra da cuenta repetidas veces de las múltiples reparaciones habidas en ella. Por fin el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional se arriesgó

a la empresa de arrancar sin piedad aquellos paramentos que parecían sagrados y con elementos determinados por recuerdos absolutos y seguros de ellos, sin la presunción de hábiles imitaciones o falsificaciones, hizo aparecer la límpida maravilla de un ábside en su parte interior de base trilobada, desplegado en tres pechinas de un románico puro y lleno de riqueza.

Mientras se trató sólo de consolidar o de librar el ábside de sus postizos sobrepuestos y de exhumarlo de las mortajas que le tenían sepultado vivo, poca dificultad hubo; pero cuando llegó el momento de ser levantado, en su parte interior, las dificultades aumentaron. Aquí sentimos íntimo placer viendo cómo restaura el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional. Nos dimos perfecta cuenta que no considera él la restauración como un hecho de innovación y de acontecimiento o como una ocasión propicia para desarrollar cualquier actividad arquitectónica más propia de organismos nuevos, sino sencillamente como una necesidad vital para el monumento. El sigue con fidelidad la ley del trabajo mínimo y más especialmente de la mínima añadidura. Cuando ésta inevitablemente debe sobreponerse, la deja manifiesta con toda simplicidad y honestidad, resolviéndose únicamente con simples planos en sencillas líneas geométricas abocetadas, aun cuando vienen a continuación de elementos antiguos perfilados y adornados. En este aspecto la reintegración del ábside ha sido para él una misión delicada y sumamente difícil a causa de las mismas complicaciones en las que ha estado llamado a intervenir. La creación de una obra de arte, aún dentro la dirección de sus leyes, así como dentro las mismas condiciones impuestas por una disciplina, deja al artista en completa libertad de expresarse; la restauración, en cambio, anula en cierta manera la iniciativa personal para dar sólo un valor real al objetivo cuya vivificación depende en gran parte del mismo, de su manera de ser y de los elementos que lo forman. El Servicio de Defensa del P. A. N. ha demostrado tener la más recta sensibilidad. Excluyendo los preconceptos de los estilos y sus interpretaciones arbitrarias, los mimetismos anacrónicos y



Aspecto de la restauración de la bóveda, como parte de los importantes trabajos realizados.

los injerics abortivos, las innovaciones desentonadas y las reconstrucciones arqueológicas, con sinceridad y simplicidad ha sabido recoger el espíritu del ábside perdido dentro de una masa informe. «¡El desplome manda!» — no se cansaba de repetir el señor Severino Gómez a sus canteiros gallegos —. «¡El es la guía!» Y con el mismo desplome y ondulación quedó armónicamente liberado, reintegrado y consolidado el interior del ábside.

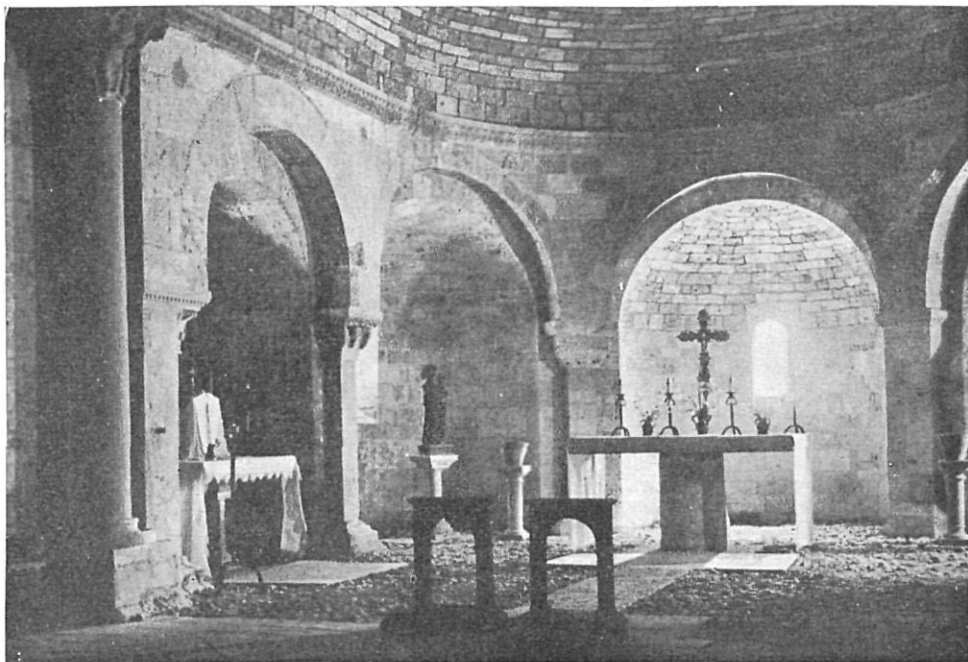


El señor Obispo en una de sus visitas a las obras de Porqueras

Liberado, reintegrado y consolidado el ábside, se procede a verificar tales operaciones al rumboso presbiterio. Se libra a éste de todas las vulgares incrustaciones que le recubrían y que aprisionaban su espíritu deteriorando su eutritmia arquitectónica y sustrayendo nobleza a su aspecto; se suprimen todas aquellas formas y añadidos inorgánicos depositados por los dos últimos siglos, evidentemente privados de carácter y de importancia. Su pérdida, de ningún valor, ha proporcionado la perfecta valorización del tipo original.

Al correr de los años se había intentado no pocas veces la restauración del arco triunfal. Definitivamente ha ido a cargo del Servicio de defensa del P. A. N., quien la ha consolidado empotrando dos grandes vigas de hierro en el interior de sus contrafuertes, atirantadas y unidas a unos zunchos de hierro armado empotrados en todo el semicírculo del ábside. Esta operación dejó admirablemente encadenada toda la cabecera de la iglesia.

Con este mismo sistema de portentosa fidelidad a la ley del trabajo mínimo y más especialmente a la de la mínima añadidura, el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional va llevando a feliz término la consolidación, liberación y restauración de toda la iglesia de Santa María de Porqueras.



Aspecto del ábside restaurado con las cinco hornacinas que aparecían tapiadas